

DECIMATERCIA CARTA PASTORAL

— DEL ILMO. SR. DR. —

DON LEOPOLDO RUIZ

OBISPO DE LEON,

PUBLICANDO LA CARTA ENCICLICA DEL

SEÑOR PIO X

RELATIVA AL
QUINCUAGESIMO ANIVERSARIO
DE LA
DEFINICION DOGMATICA
DE LA

Concepción Inmaculada

DE MARIA.



— In prenta del Sagrado Corazón de Jesús. — 1904.

BX874
.R85
D4
1904
c.1

596

BX874
.R85
D4
1904
c.1

003596



1080027349

Decimatercia Carta Pastoral

—DEL ILMO. SR. DR.—

D. LEOPOLDO RUIZ

OBISPO DE LEON,

PUBLICANDO LA CARTA ENCICLICA DEL

SEÑOR PIO X

RELATIVA AL QUINCAGESIMO ANIVERSARIO DE
LA DEFINICION DOGMATICA
DE LA

CONCEPCION INMACULADA

DE MARIA.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tellez

LEON.—1904.



Imprenta del Sagrado Corazón de Jesús

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA VALVERDE Y TELLEZ

40798

Bx874

.28

D-43

D. LEOPOLDO RUIZ

SEÑOR PÍO X

GRACIA Y COMUNIÓN



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Nos, el Dr. D. Leopoldo Ruiz, por la gracia de Dios y de la Santa Sede Apostólica Obispo de León.

Al Ilmo. Sr. Dean y Cabildo de nuestra Santa Iglesia Catedral, al Venerable Clero secular y regular, y á todos los fieles de nuestra Diócesis, salud, paz y bendición en Jesucristo Señor Nuestro.

Amados hermanos é hijos nuestros:

CON el corazón henchido de la mas pura alegría, nos apresuramos á poner en conocimiento vuestro, la traducción de la Carta Encíclica del Sr. Pío X, en que, con motivo del quincuagésimo aniversario de la declaración dogmática de la Inmaculada Concepción de María, concede Su Santidad al mundo católico, una gracia extraordinaria en forma de Jubileo, en los términos que á continuación pasamos á exponer.

A nuestros Venerables Hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Prelados Ordinarios en gracia y comunión con la Sede Apostólica

PIO PAPA X

Venerables Hermanos: Salud y Apostólica bendición.

DENTRO de pocos meses, el curso del tiempo nos hará llegar al día gózosisimo en el cual se cumplirán cincuenta años de aquel otro en que, rodeado de un magnífico acompañamiento de Cardenales y Obispos, Nuestro predecesor Pío IX, Pontífice de santa memoria, con autoridad de infalible magisterio, declaró y promulgó ser revelación divina que la Beatísima Virgen María, desde el primer instante de su Concepción, fué preservada de toda mancha de pecado original. Con qué ánimo y con cuánto público regocijo y alegría recibieron los fieles de todas las naciones aquella proclamación, no hay nadie que lo ignore, y fueron tales en verdad, que no hay memoria de otra manifestación en honor de la augusta Madre de Dios, ó de adhesión al Vicario de Jesucristo, que fuera más universal ó unánime. Ahora bien, Venerables Hermanos, ¿por qué razón no hemos de esperar que aunque hayan transcurrido cincuenta

003596

años, al renovarse la memoria de la Inmaculada Virgen no se despierte en las almas un como eco de la santa alegría de entonces, y no hayan de repetirse los magníficos espectáculos de fé y amor hacia la augusta Madre de Dios que presenció aquel lejano día? Hácenosle desear ardientemente la devoción que unida á la suma gratitud por los favores recibidos, siempre hemos alimentado hacia la Santísima Virgen; y Nos asegura el cumplimiento de Nuestro deseo el fervor de todos los católicos, pronto siempre y dispuesto á multiplicar las muestras de afecto y obsequio á la gran Madre de Dios, María Santísima. Mas no queremos callar que este deseo Nuestro se halla estimulado por cierto secreto presentimiento de Nuestra alma, de que se cumplirán en un porvenir no lejano las esperanzas, de ningún modo temerarias, que hizo concebir á Nuestro predecesor Pío IX y á todo el Episcopado del mundo la solemne definición del dogma de la Concepción inmaculada de María.

Muchos hay, á decir verdad, que lamentan no haber visto cumplidas aún esas esperanzas, y una y otra vez repiten estas palabras de Jeremías: *Aguardando estamos la paz y este bien no viene; que llegue el tiempo de nuestro remedio y sólo vemos terror* (1). Mas, ¿quién habrá que no reprenda por *hombres de poca fé* á los que tal dicen, los cuales no ponen el pensamiento en conocer las obras de Dios ó considerarlas á su verdadera luz? Y en efecto: ¿quién podría enumerar los secretos dones de gracia que, por intercesión de la Virgen, durante todo este tiempo ha derramado Dios sobre su Iglesia? y aun cuando se omite la cuenta de estos dones, ¿qué no habrá que decir del Concilio Vaticano, con tanta oportunidad reunido, ó de la infalibilidad pontificia, proclamada tan á punto contra los errores que iban á levantar cabeza, ó finalmente del nuevo y nunca visto fervor de piedad con que los fieles de toda clase y de toda nación acuden en persona á venerar al vicario de Jesucristo? ¿Y acaso no aparece admirable la Providencia de Dios en dos de Nuestros Predecesores, á saber, Pío IX y León XIII, que en tiempos turbulentísimos rigieron santamente la Iglesia con longevidad de Pontificado á nadie antes que á ellos otorgada? Añádase que, apenas proclamado por Pío IX como dogma de fé católica que María fué preservada de toda mancha original, en tierra de Lourdes comenzó la Virgen misma sus apariciones maravillosas, en memoria de las cuales, con magnífico y grandioso esfuerzo de la piedad, se edificaron dos templos á la Inmaculada, donde los prodigios que diariamente se obran por intercesión de la divina Madre son espléndido argumento contra la incredulidad de la época presente. Tantos y tan grandes beneficios concedidos por Dios, mediante la bienhechora intercesión de la Virgen, en estos cincuenta años que pronto van á cumplirse, ¿por qué no han de convencernos de que la hora de nuestra salud está más cercana de cuanto hasta aquí creíamos? Tanto más cuanto mejor sabemos por experiencia que la Providencia divina nunca pone el extremo del mal lejos del remedio. *Próximo á llegar está su tiempo, y sus días no están remotos. Porque el Señor tendrá compasión de Jacob y toda vía escogerá algunos de Israel* (2); de suerte, que abrigamos la esperanza de

(1) JEREMÍAS, VIII, 15.

(2) ISAÍAS, XIV, 1,

que también nosotros podremos repetir en breve: *El Señor ha hecho pedazos el cetro de los impíos. Toda la tierra está en silencio y en paz, y se huelga y regocija* (1).

Mas la razón principalísima, Venerables Hermanos, de que el quincuagésimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada deba excitar un singular fervor en el ánimo cristiano, consiste para Nos en lo que ya dijimos en Nuestra primera carta Encíclica, conviene á saber, en la *restauración de todas las cosas en Cristo*. Porque ¿quién no verá que no hay camino más seguro y expedito que María para llegar á Cristo y unirse á El y obtener por su medio la perfecta adopción de hijos, de manera que seamos santos é inmaculados á los ojos de Dios? Y, en efecto, si con verdad fué dicho á María: *Bienaventurada tú que haz creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor* (2), es decir, que concebiría y pariría al hijo de Dios; si por esto recibió en su seno á Aquel que por naturaleza es la Verdad, para que, « engendrado por nuevo orden y con nueva natividad, invisible en sí mismo, se hiciese visible con nuestra carne » (3), siendo el hijo de Dios, hecho hombre, autor y consumidor de nuestra fé, es del todo necesario que á su Santísima Madre se le reconozca partícipe y algo así como guarda de los divinos misterios, que á modo de cimiento, el más noble después de Cristo Jesús, sostiene el edificio de la fé de todos los siglos.

¿Cómo pensar de otra manera? ¿No hubiera podido Dios darnos sin María al Salvador de la humanidad y Fundador de la fé? Mas habiendo querido la Providencia divina que tuviésemos al Hombre-Dios por María, la cual por obra del Espíritu Santo lo concibió en su seno, nada nos resta á nosotros sino recibir á Cristo de las manos de María. Así es que cuantas veces se habla proféticamente en las Sagradas Escrituras de la gracia que aparecerá entre nosotros, casi otras tantas se nos presenta el Salvador de los hombres, en compañía de su Santísima Madre. Saldrá el Cordero, dominador de la tierra pero saldrá de la piedra del desierto; nacerá la flor, mas nacerá de la raíz de Jesé. A María, que quebrantaba la cabeza de la Serpiente, miraba nuestro padre Adán, y se secaban las lágrimas que la maldición hizo brotar de sus ojos; en Ella pensó Noé, encerrado en el arca salvadora; en Ella Abrahán, cuando se detuvo, al ir á sacrificar á su hijo; en Ella Jacob, al contemplar la escala por donde subían y bajaban los ángeles; en Ella Moisés, pasmado ante la zarza ardiente, que no se consumía; en Ella David, cuando cantaba y bailaba delante del Arca; en Ella Elías, al contemplar la nubecilla que salía del mar. En suma, hallaremos en María, después de Cristo, el fin de la ley y el cumplimiento de las figuras y los oráculos.

Que por la Virgen, y por Ella más que por ningún otro medio, se nos concedió manera de llegar al conocimiento de Cristo, nadie lo podrá dudar si repara que Ella fué la única con quien Jesús, como conviene entre hijo y ma-

(1) ISAÍAS, XIV, 5 y 7.

(2) LUCAS, I, 45.

(3) S. LEON MAG., serm. 2^o, *De Nativ. Domini*, c. 2.

dre, estuvo en compañía y trato familiar treinta años. ¿A quién, mejor que á la Madre, fueron revelados los admirables misterios de la natividad y la infancia de Cristo y, sobre todo, el misterio de la Encarnación, principio y fundamento de nuestra fé? Y no solamente guardaba María y repasaba en su corazón cuanto había sucedido en Belén y había visto en Jerusalén en el templo del Señor, sino que, conocedora de los pensamientos de Cristo y de sus secretos designios, puede decirse de Ella que vivió la vida de su hijo. Por lo cual nadie conoció á Cristo tan íntimamente como Ella, nadie puede ser mejor guía y maestro que Ella para conocer á Jesús.

Síguese de aquí, como ya indicamos, que nadie es tampoco más apto que la Virgen para unir á los hombres con Cristo. Por lo cual, si, según la misma sentencia de Cristo, *la vida eterna consiste en conocerle á tí, Dios verdadero, y á Jesucristo, á quien tú enviaste* (1), consiguiendo nosotros por María el conocimiento de Cristo, por María conseguimos también mas fácilmente aquella vida de que Cristo es principio y manantial.

Y si nos ponemos á considerar un poco cuántos son y cuán grandes los motivos de que esta Madre Santísima ponga todo empeño en alcanzarnos tan preciosos dones, ¿cómo se dilatará nuestra esperanza!

¿No es acaso María la Madre de Cristo? Por consiguiente, también es Madre nuestra. Nadie debe olvidar que Cristo Jesús, el Verbo hecho carne, es también Salvador del linaje humano. Ahora bien; en cuanto Hombre Dios tuvo un cuerpo físico, semejante al de los demás hombres; en cuanto Salvador de la humana familia, tuvo un cuerpo espiritual y místico, á saber, la sociedad de cuantos creen en Cristo. *Formamos en Cristo un solo cuerpo* (2). Pero la Virgen Santísima no concibió al Hijo eterno de Dios solamente para que se hiciera hombre tomando de Ella la naturaleza humana, sino también para que, por medio de la naturaleza adquirida de Ella, fuese el Libertador de los hombres. Por lo cual dijo á los pastores el Angel: *hoy os ha nacido el Salvador, que es Cristo Señor* (3). De manera que en el seno de su castísima Madre, Cristo tomo carne y unió á Sí el cuerpo espiritual formado por todos cuantos habían de creer en El, y tanto así que al llevar en su seno al Salvador, María Santísima pudo decir que llevaba también á todos cuantos tienen vida en la vida del Salvador. Y por esto, cuantos estamos unidos con Cristo y, como dice el Apóstol, *somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos* (4), hemos salido del seno de María, á modo que el cuerpo sale unido á la cabeza. De donde se sigue que en modo ciertamente espiritual y místico seamos llamados hijos de María, y María Madre nuestra. « Madre espiritualmente, pero verdaderamente Madre de los miembros de Cristo, que somos nosotros (5) ». Pues si la Santísima Virgen es á un mismo tiempo Madre de Dios y de los hombres

(1) JOAN. XVII, 3.

(2) ROM. XII, 5.

(3) LUC. II, 11.

(4) EPH., V, 30.

(5) S. Aug., *L. de S. Virginitate*, c. 6.

¿quién podrá dudar de que pone toda solicitud en que Cristo, *Cabeza del cuerpo de la Iglesia* (1), infunda en nosotros, que somos miembros suyos, sus dones, y, antes que ninguno, el de conocerle *para que por El tengamos vida?* (2).

Además, á María Santísima no correspondió solamente la gloria « de haber dado la materia de su carne al Hijo de Dios, que había de nacer con miembros humanos » (3), de la cual materia se formó la víctima para la salud de los hombres, sino que también correspondió el oficio de custodiar y nutrir á la misma víctima y en el tiempo fijado ofrecerla en sacrificio. De ahí aquella comunidad, jamás interrumpida, de vida y trabajos de la Madre y el Hijo, en términos que, aplicándolas á los dos, pueden repetirse estas palabras del Profeta: *De puro dolor se va consumiendo mi vida, y mis años con tanto gemir.*

(4) Y cuando llegó para el Hijo la hora suprema, *junto á la cruz de Jesús estaba su Madre*, no ocupada sencillamente en contemplar el horror de aquel paso, sino « gozosa de que su Unigénito fuese ofrecido por la salud del humano linaje, y tomando además tanta parte en su pasión que, de ser posible, hubiera preferido padecer Ella misma todos los tormentos que padecía el Hijo » (5). Por esta comunión de dolores y deseos entre Cristo y María, María « mereció dignísimamente llegar á ser reparadora del mundo perdido » (6), y, por consiguiente, dispensadora de todos los beneficios que Cristo nos granjeó con su muerte y su sangre.

No negamos que la distribución de tales beneficios sea derecho propio y privativo de Cristo, puesto que son fruto de su muerte y por sí mismo está constituido en Mediador entre Dios y los hombres. Mas, sin embargo, por aquella mencionada participación de dolores y trabajos de la Madre y el Hijo fué concedido á la Santísima Virgen que « fuese para con su Unigénito Mediadora y Reconciliadora poderosísima de toda la tierra » (7). Síguese que Cristo es la fuente que *de su plenitud hemos participado todos nosotros* (8), que de *El todo el cuerpo místico, trabado y conexo entre sí recile por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad* (9); María, á su vez, como observa exactamente San Bernardo, es el *acueducto* (10), ó, si se quiere, el cuello, mediante el cual el cuerpo está adherido á la cabeza y la cabeza transmite al cuerpo la fuerza y la virtud, « por que Ella es el cuello de nuestra cabeza, por via del cual todo dón se comunica á su místico cuerpo » (11). Por donde se ve que Nós nos hallamos muy lejos de atribuir á la Virgen la virtud de pro-

[1] COLOSS. I, 18.

[2] I. IOANN. IV, 9.

[3] BED. VEN. L. IV, in LUC. XI.

[4] PS. XXX, II.

[5] S. Bonav. I. Sent. de. 48, ad Litt. dub. 4.

[6] EADMERI MON., *De Excellentia Virg. Mariæ*, c. 9.

[7] PIUS IX, in Bull. *Ineffabilis*.

[8] JOANN., I, 16.

[9] EPHES. IV, 16.

[10] Serm. de temp. in Nativ. B. V., de *Aqueductu*, n. 4.

[11] S. BERNARDIN. SEN. *Quadrag. de Evangelio aeterno*, Serm. x, a. 3, c. 3.